

Nº6 2025/1 Laplanche en Iberoamérica

**Situación analítica y situación antropológica fundamental.  
La situación originaria y el enigma del otro<sup>1</sup>**

**Nicolás Vallejo**

### **Introducción**

El pensamiento teórico-clínico de Jean Laplanche se organiza a partir de una pregunta fundamental que recorre, en espiral, toda su obra: ¿cómo pensar la especificidad del psicoanálisis? O, para formularlo en los términos que la propia obra impone: ¿cómo se constituyen el inconsciente y la pulsión, es decir, cómo pensar el origen de la realidad psíquico-pulsional? Esta pregunta, ni meramente epistemológica, ni exclusivamente clínica, articula ambos planos en una reflexión que exige repensar simultáneamente la génesis del psiquismo y las condiciones de posibilidad de la cura.

En un pasaje central de *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis*, Laplanche (1987/1989, p. 61) formula esta tentativa con una precisión programática que conviene retener:

---

<sup>1</sup> Este texto fue incluido en el presente número de *Après-coup* en abril de 2026

*Intenté aportar [...] y elaborar en lo sucesivo una concepción muy especial del inconsciente vinculada a su modo de ser y a su génesis. Como toda teoría esta se encuentra distanciada de los hechos pero aspira a dar cuenta de sus nexos recíprocos: antes que nada, de la así llamada clínica psicoanalítica, entendiendo con esto lo que se revela y se despliega en el interior de la situación psicoanalítica. Para decir las cosas de otra manera, mi tentativa consiste en establecer una conexión entre lo que la práctica psicoanalítica tiene de fundadora y el proceso fundador del ser humano, en la medida en que se caracteriza por la creación de un inconsciente.*

La lógica de este programa de investigación consiste, entonces, en establecer una correspondencia estructural entre dos escenas: aquella en la que el ser humano se constituye como tal —la situación originaria— y aquella en la que el psicoanálisis opera como práctica transformadora —la situación analítica—. El presente artículo se propone examinar esta articulación, mostrando que no se trata de una analogía superficial ni de un paralelismo descriptivo, sino de la clave misma para comprender la eficacia, la dinámica y la ética del psicoanálisis según la propuesta laplancheana.

Conviene advertir desde el inicio que esta presentación no se trata de una exégesis neutral ni de una exposición meramente introductoria. Se inscribe, más bien, en una trayectoria que reconoce en la obra de Laplanche al menos cuatro dimensiones decisivas: en primer lugar, una manera de leer a Freud que reintroduce su obra como objeto de trabajo, más allá de su canonización; en segundo lugar, una reubicación del conflicto psíquico en su especificidad, sin desarticularlo de la sexualidad pulsional y narcisista; en tercer lugar, un replanteo de la génesis de la sexualidad humana desde su dimensión exógena y enigmática; y, finalmente, con el establecimiento de la teoría de la seducción generalizada, una serie de herramientas fecundas para pensar no solo la práctica clínica en sentido estricto sino también aquello que Laplanche denomina *psicoanálisis extramuros*.

Para desarrollar esta tesis, el texto se estructura en cinco partes. En la primera, se sitúa la operación crítica de Laplanche en el contexto de lo que denomina la «revolución copernicana inacabada» del psicoanálisis. En la segunda, se analiza la Situación Antropológica Fundamental (SAF) como matriz de la génesis psíquica, a través de la cual opera la teoría de la seducción generalizada. En la tercera, se examina la situación analítica como reinstauración metódica y depurada de la SAF. En la cuarta, se explora la dinámica que conecta ambas situaciones a través de la transferencia y el trabajo de de-traducción. Finalmente, se abordan las implicaciones metapsicológicas de esta conexión, particularmente en lo que respecta al realismo del inconsciente y la posición ética del analista.

## **1. La revolución copernicana inacabada y la especificidad del psicoanálisis**

La lectura que Laplanche propone de Freud no postula un sistema cerrado ni una progresión lineal. Sus planteos están articulados en espiral: un retorno insistente a ciertas preguntas

fundamentales, pero bajo nuevas configuraciones problemáticas. Esta imagen le permite alejarse tanto de una lectura evolutiva —como la que sugiere una acumulación progresiva del saber— como de una concepción rupturista, al estilo de la epistemología althusseriana. En lugar de una sucesión o una discontinuidad radical, Laplanche propone un movimiento de retorno a los núcleos problemáticos que se organizan, de manera reiterada, en torno a dos ejes: la sexualidad pulsional y el inconsciente.

Desde esta perspectiva, sería impropio sostener que en su obra existe una especie de «descubrimiento» de la teoría de la seducción generalizada que marcaría un giro absoluto. Lo que encontramos, más bien, es la presencia temprana de ciertos núcleos problemáticos —ya desde el *Vocabulario del psicoanálisis* o desde la célebre ponencia de Bonneval (Laplanche y Leclaire, 1960)— que serán luego reelaborados en distintos niveles.

En la historia del pensamiento moderno, la afirmación de una subjetividad compleja e interiorizada —consolidada en el siglo XIX y vehiculizada por la literatura de la época— dio lugar a las condiciones culturales e históricas que permitieron el surgimiento del psicoanálisis. El modelo de individuo moderno, como «isla» autocontenida que se conecta con otras, es simultáneamente el presupuesto y el objeto de crítica del psicoanálisis freudiano. Freud radicaliza esta complejización al postular un inconsciente que no solo desborda la conciencia sino que se constituye como un «nuevo continente», una *terra incognita*. La pregunta que emerge entonces es si este descentramiento del sujeto supone un nuevo centro —ahora desplazado hacia el inconsciente— o si implica, en cambio, un descentramiento radical, un movimiento que nos deja sin centro. Laplanche (1992) denomina a esta tensión permanente entre recentramiento y descentramiento la «revolución copernicana inacabada» del psicoanálisis.

El carácter «inacabado» de esta revolución no designa un defecto o una insuficiencia, sino una tensión constitutiva: el propio Freud oscila permanentemente entre el gesto descentrador —que reconoce la alteridad radical del inconsciente— y el gesto recentrador —que busca reconducir esa alteridad a esquemas biológicos, filogenéticos o adaptativos—. Laplanche (1993) denomina a este segundo movimiento «extravío biologizante», y lo identifica como la fuente principal de las inconsistencias de la metapsicología freudiana. La tarea que se impone, entonces, no es abandonar a Freud sino depurar sus fundamentos, liberándolos de estas especulaciones metabiológicas para restituir la radicalidad del descubrimiento.

En este contexto, se hace evidente que el psicoanálisis introduce una ontología específica: la afirmación del inconsciente y del deseo reprimido como núcleo de lo humano. Esta afirmación, sin embargo, está constantemente amenazada: en la clínica, por su condición resistencial; en el terreno teórico, por saberes que lo reducen o lo subsumen en categorías preexistentes. La radicalidad del psicoanálisis reside, pues, en la afirmación de un pensamiento sin sujeto, o, como propone Silvia Bleichmar (1998), en la idea de un pensamiento parasubjetivo y presubjetivo: un pensamiento que antecede al sujeto y del que este debe apropiarse a lo largo de toda la vida.

Laplanche se distancia así de la tendencia a re-intencionalizar el inconsciente. Esta tendencia, muy difundida en la clínica y sostenida por ciertas corrientes fenomenológicas o hermenéuticas, reinstaura la idea de un «sujeto del inconsciente» como una suerte de segunda conciencia. Tal operación borra el descentramiento radical que implica pensar el inconsciente como ajeno al sujeto, como no intencional, como no habitado por un yo que desea. La crítica a esta reintencionalización es decisiva tanto para preservar la especificidad del inconsciente como para impedir que el psicoanálisis derive en una psicología encubierta (Laplanche, 1996). El trabajo de lectura que Laplanche realiza sobre los primeros textos freudianos permite rescatar una problemática central: la inscripción psíquica de lo exógeno como génesis del psiquismo mismo. Laplanche encuentra en textos como el *Proyecto de psicología* (1895), la *Comunicación preliminar* (1893), *Las neuropsicosis de defensa* (1894), los *Estudios sobre la histeria* (1895), así como en las célebres cartas a Fliess previas a 1897, las huellas de una teoría que más tarde será, como dice, «más reprimida que abandonada»: la de la seducción traumática. Estos textos iniciales fundan una metapsicología en la que la representación es pensada como efecto de una inscripción exógena, es decir, de algo que proviene del otro (Laplanche, 1992, pp. 17-22).

Una pregunta clave articula este recorrido: ¿qué vínculo existe entre lo que se inscribe y el objeto de origen? ¿Lo representa de manera fiel o genera algo nuevo, inédito, «metabólico»? (Laplanche, 1988). Esta pregunta es decisiva porque introduce la distinción entre una concepción del psiquismo como copia o reflejo de lo real y una concepción en la que el psiquismo se constituye mediante un trabajo de metabolización que transforma lo recibido. La respuesta de Laplanche se inclina decididamente hacia la segunda opción: lo que se inscribe no es una réplica del objeto sino un producto nuevo, resultante del intento de traducción frente al mensaje del otro.

## **2. La Situación Antropológica Fundamental: matriz de la génesis psíquica**

Laplanche desplazará el centro de gravedad de las respuestas freudianas y posfreudianas — que diluían la singularidad histórica de la constitución psíquica tanto por la vía endogenista como por la metafísica transindividual del lenguaje— hacia una escena inaugural que denominará *Situación Antropológica Fundamental* (SAF). Esta noción posee una generalidad estratégica que permite pensar la constitución del sujeto más allá de las contingencias de la estructura familiar tradicional. Laplanche (2003/2009) insiste en esta universalidad al preguntar: «por qué no hablar de la situación familiar, o incluso edípica, fundamental?», respondiendo que «la relación adulto-infans sobrepasa en su generalidad, en su universalidad, a la relación padres-niño». La SAF es, por tanto, la condición ineludible en la que todo ser humano se encuentra por el hecho de nacer.

La SAF se define por una relación asimétrica entre dos protagonistas. Por un lado, el infans — en su sentido etimológico de «aquel que no habla» (Laplanche, 1987/1989, p. 46)—, caracterizado por su inmadurez biológica y su dependencia absoluta. Por otro lado, un adulto

que porta, sin saberlo, una sexualidad inconsciente activa. Esta asimetría no se limita al plano de la dependencia vital —donde la comunicación puede ser recíproca— sino que se radicaliza en el plano sexual: el adulto posee «un inconsciente tal como fue descubierto por el psicoanálisis, un inconsciente sexual formado esencialmente por residuos infantiles» (Laplanche, 2001/2007, p. 97), mientras que el infans «no tiene activadores hormonales de la sexualidad y, al comienzo, no tiene fantasmas sexuales» (Laplanche, 2003/2009). Es esta asimetría en el plano sexual —y no la mera diferencia de poder o de saber— la que constituye el factor decisivo que «parasita» la comunicación (Laplanche, 2000).

El motor de este proceso de subjetivación es el *mensaje enigmático*. Los mensajes del adulto, que se producen en un plano consciente-preconsciente —por ejemplo, durante los cuidados de alimentación o higiene—, están inevitablemente comprometidos o parasitados por el inconsciente sexual del propio adulto, reactivado por la presencia del niño. Estos mensajes son enigmáticos en un sentido preciso: su significación sexual permanece oculta incluso para su emisor. Como subraya Scarfone (2009, p. 20), «el enigma es un enigma para el propio emisor». No se trata, pues, de una comunicación fallida que podría ser corregida, sino de una opacidad constitutiva que se transmite en gestos, miradas, palabras, tonalidades y silencios.

La sexualidad inconsciente del adulto, al no estar bajo dominio del yo, se transmite cargada de significaciones no codificadas que el infans no puede decodificar ni elaborar simbólicamente. Frente a esta avalancha de mensajes, el infans se ve compelido a un trabajo psíquico fundamental: un intento de traducción. Debe simbolizar y dominar estos mensajes utilizando los códigos que tiene a su disposición, que son inicialmente los de la autoconservación. Sin embargo, este intento está destinado a un «fracaso necesario» (Laplanche, 2003/2009), ya que los códigos vitales son insuficientes para metabolizar la carga sexual que los mensajes vehiculizan.

De este fracaso en la traducción —que Laplanche denomina *represión originaria* (Bleichmar, 1998; Laplanche, 1997)— surgen las dos instancias psíquicas fundamentales, en un proceso que es el envés de la traducción. El inconsciente se forma a partir de los restos no traducidos del mensaje: significantes que, al perder su referencia, se convierten en «representaciones-cosa» (*Sachvorstellungen*), verdaderos «cuerpos extraños internos» (Laplanche, 1992, p. 22). Estos elementos materiales, des-significados, se constituyen como los «objetos-fuente» de la pulsión (Laplanche, 1988), fundamentando así el «realismo del inconsciente»: la existencia de un inconsciente con materialidad propia, no reducible a un simple significado latente. El yo, por su parte, se constituye a partir de lo que sí logra ser traducido, ligado y metabolizado por el infans, es, en este sentido, una instancia de ligazón y síntesis, bajo la tutela de Eros (Laplanche, 1970, p. 8).

La noción de pulsión adquiere, en este marco, un perfil específico que la distancia radicalmente del instinto y de los registros adaptativos. Laplanche afirma la especificidad de lo sexual pulsional: el psicoanálisis no puede ser ni una teoría de la adaptación ni una psicología de la función. Allí donde Freud establece el dualismo entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación, Laplanche introduce una torsión decisiva: no se trata de dos pulsiones del

mismo tipo, sino de campos heterogéneos. La pulsión sexual no es equiparable a una función biológica; no obedece a un ciclo adaptativo; no responde a una necesidad; no se orienta a la homeostasis. Muy por el contrario, se caracteriza por su carácter no adaptado, por su desorganización y por su génesis exógena (Laplanche, 1993; 1997).

Este proceso de implantación de lo sexual a través del mensaje enigmático del otro es lo que Laplanche denomina la *teoría de la seducción generalizada*. No se trata de un evento traumático contingente, sino del resultado inevitable de la SAF, de la asimetría constitutiva entre el adulto sexuado y el infans en proceso de sexuación. La subjetividad humana no se construye sobre la base de un yo autónomo, sino como una formación descentrada, invadida por la alteridad, marcada por una imposibilidad de traducción definitiva. El inconsciente no es una instancia preformada, sino el resultado de una imposición que proviene del otro y que el sujeto no puede metabolizar por completo: una heteronomía constitutiva.

### **3. La situación analítica: una reinstauración metódica del origen**

Si la Situación Antropológica Fundamental es el campo originario donde se constituye el psiquismo, la situación analítica no es un simple contrato terapéutico, sino la creación deliberada de un espacio-tiempo diseñado para reactivar y poner a trabajar las condiciones de esa génesis. Laplanche (1987/1989, p. 61) define explícitamente esta correspondencia al afirmar que el gesto que crea la situación analítica es, en sí mismo, un acto «fundador, refundador» que reactiva el proceso fundador del ser humano: la creación de un inconsciente. La cura analítica es, pues, la instauración de un lugar de seducción originaria.

Laplanche formula la relación entre teoría de la cura y metapsicología en términos que conviene explicitar:

*La invención de la práctica analítica corre paralela, de hecho, con la invención de una primera teoría: la de la seducción [...] El abandono de la teoría de la seducción le impedirá sacar a luz la relación estrecha entre ambas invenciones, dejándonos abierta esa tarea: la puesta en relación entre lo originario de la cura y lo que se encuentra en el origen de la existencia humana (Laplanche, 1987/1989, p. 187).*

Esta reinstauración es calificada por Laplanche como «más pura y más esencial que en la infancia», precisamente porque en ella la seducción está menos mediatizada por comportamientos sexuales directos y más centrada en la estructura enigmática del mensaje y de la relación (Laplanche, 1987/1989, p. 157). En la escena originaria, la asimetría se da en condiciones de dependencia absoluta; en la cura analítica, esta se reconfigura en un marco reglado, donde lo enigmático puede devenir una apertura simbolizante. Lo que se pone en juego en ambas situaciones es una asimetría radical: el infans frente al adulto, el analizante frente al analista. En ambas, el sujeto está confrontado a otro cuya palabra o silencio despierta una interrogación imposible de cerrar. Laplanche otorga a la cura una posición primera con

relación a la metapsicología no en virtud de un pragmatismo que se enunciaría como «primero hacer y luego justificar lo que se hizo», sino porque la cura —situación + método— es una invención; la aportación por parte de Freud de algo radicalmente nuevo. La observación clínica no es un dato «neutro y objetivo» del que se inferiría una teoría metapsicológica; la técnica no es un instrumento a deducir sobre la base de la teoría. La cura ocupa, en cambio, el lugar de una invención cuya fuente se encuentra «muy atrás, en lo originario del ser humano» (Laplanche, 1987/1989, p. 186).

El pivote de la reinstauración reside en la actitud del analista, definida por sus «rehusamientos». Laplanche prefiere el término *rehusamiento* (traducción del freudiano *Versagungen*) a *frustración*, porque no se trata de privar al paciente de una satisfacción, sino de una ascesis que el analista se impone a sí mismo para constituir el campo del análisis (Scarfone, 2009, p. 9). El primer rehusamiento consiste en negarse a situarse en el campo adaptativo: el analista no da consejos, no manipula la realidad del paciente, no propone soluciones prácticas. Esta «tangencialización» del campo de la autoconservación es fundamental para que la sexualidad pulsional ocupe el centro de la escena. El segundo rehusamiento, más radical y constitutivo, es el rehusamiento a saber. El analista se rehúsa a saber por el paciente, a saber lo que es bueno para él, o hacia dónde debe dirigirse la cura. Suspende cualquier «representación-meta», por muy psicoanalítica que esta sea (Scarfone, 2009, p. 9). Al rehusarse a sí mismo el saber, el analista crea un «hueco», un espacio vacío de significación preestablecida, recreando la asimetría enigmática de la SAF (Laplanche, 1987/1989, p. 161). No se posiciona como el «sujeto supuesto saber» lacaniano —que es un lugar estructural del discurso—, sino que *activamente* produce una vacancia de sentido que reenvía al analizante a la confrontación con lo enigmático.

Estos rehusamientos son los que instauran el espacio analítico como un «lugar pulsional puro» (Laplanche, 1987/1989). La «cubeta» analítica se convierte en un recinto donde el único material relevante es el pulsional, vehiculizado por la palabra y la relación. El silencio, la atención flotante, la abstinencia y, sobre todo, el rehusamiento a saber, constituyen al analista como una figura enigmática, reactivando para el analizante la posición originaria de confrontación con el mensaje del otro. En síntesis, el conjunto de reglas que definen la situación analítica no son un protocolo arbitrario, sino el instrumento preciso para recrear la estructura de la SAF.

El espacio analítico se convierte así en una escena *provocante*: no porque estimule artificialmente una reacción, sino porque reinstaura una estructura donde la pregunta puede volver a formularse. Esa pregunta no busca una respuesta, sino que activa un proceso. Lo que se actualiza en la transferencia es la forma misma del enigma que originó el aparato psíquico. De ahí que el método psicoanalítico no sea un conjunto de técnicas, sino una ética de la situación: una ética que consiste en no responder precipitadamente, en no apresurar la simbolización, en no reemplazar el trabajo del sujeto por un saber del analista.

#### 4. Transferencia y trabajo de de-traducción: la dinámica del análisis

En la perspectiva de Laplanche, la transferencia no puede ser reducida a la simple repetición de clichés arcaicos o a la reactualización de prototipos infantiles en la figura del analista. Si bien este aspecto repetitivo existe, la eficacia de la cura depende de una modalidad transferencial mucho más compleja y dinámica, posibilitada precisamente por la correspondencia entre la situación analítica y la SAF. Laplanche (1987/1989, p. 161) distingue dos modalidades de transferencia que, si bien coexisten, tienen funciones radicalmente distintas: La primera es la *transferencia «en lleno»*: la repetición de los comportamientos, de las relaciones, de las imagos infantiles. Es la transferencia como repetición de situaciones y afectos del pasado. Laplanche advierte que, si solo existiera esta modalidad, el análisis estaría condenado a la pura repetición y no habría ninguna posibilidad de salir de ella. La segunda —y decisiva— es la *transferencia «en hueco»*: también una repetición, pero una donde la situación repetida reencuentra su carácter enigmático. Es la repetición de la *situación*, no solo de su contenido. Esta modalidad es la que permite la reapertura, la producción de nuevas traducciones, ya que «se vuelven a poner en juego, en interrogación y en elaboración los mensajes de la infancia, y ello gracias a la situación misma, que favorece este retorno» (Laplanche, 1987/1989, p. 161). La transferencia «en hueco» es provocada por la posición enigmática del analista: su rehusamiento a ofrecer significaciones prefabricadas reactiva la condición misma en la que el psiquismo se constituyó. El término «análisis» debe entenderse en su sentido etimológico de descomposición. La tarea del analista es facilitar una *de-traducción* de las construcciones defensivas y de las traducciones sintomáticas que el paciente ha forjado a lo largo de su vida. El método asociativo-disociativo no busca un sentido oculto, sino que apunta a «disociar todo sentido propuesto» para rastrear los significantes-cosa que subyacen a él (Laplanche, 1996, p. 1).

Al rehusarse a saber y a proveer códigos interpretativos —incluidos los psicoanalíticos como el Edipo o Castración, que son vistos como «ayudas de traducción» culturales y no como verdades últimas—, el analista practica una *anti-hermenéutica*. Laplanche (1994, p. 447) lo formula en estos términos: «el analista, cada vez que pretende traducir o ayudar a traducir, ayuda a reprimir [...] El hermeneuta, mucho antes que el psicoanalista y sin duda después de él, es el ser humano». Esta afirmación resulta perturbadora para toda concepción del analista como intérprete privilegiado: **el único que traduce es el paciente.**

Tras los momentos propiamente analíticos de de-traducción y descomposición, sigue inevitablemente un movimiento de *re-traducción*. Este proceso, que Freud denominó «psico-síntesis», es la obra espontánea del paciente. Es él quien, a partir de los elementos descompuestos y de los significantes enigmáticos puestos al descubierto, debe forjar nuevas narrativas, nuevas traducciones, más ricas y menos sintomáticas, para integrar en su yo los elementos que habían quedado reprimidos (Laplanche, 2006, p. 271). El analista no participa activamente en esta síntesis; simplemente crea las condiciones para que pueda ocurrir. La función de la situación analítica no consiste en establecer las condiciones *para que el analista* interprete el pasado del analizante sino en crear las condiciones *para que el analizante*,

confrontado de nuevo con el enigma del otro, pueda descomponer sus antiguas traducciones y retraducir él mismo el enigma de sus experiencias vitales y sufrientes.

La necesidad clínica de esta de-traducción para acceder a los significantes-cosa subyacentes constituye la demostración práctica de que el inconsciente no es un simple sentido oculto, sino un cuerpo extraño interno con una materialidad propia. La experiencia de la cura confirma y solidifica el edificio teórico: la metapsicología no se deduce de la observación, ni la técnica se infiere de la metapsicología; ambas se articulan en una relación de implicación recíproca cuyo punto de anclaje es la situación analítica.

## **5. Implicaciones metapsicológicas: realismo del inconsciente, universo mito-simbólico y posición ética del analista**

El modelo que articula la Situación Antropológica Fundamental y la Situación Analítica no solo redefine la práctica y la ética de la cura, sino que confiere una base sólida a algunos de los fundamentos metapsicológicos más relevantes del psicoanálisis laplancheano.

En primer lugar, este modelo fundamenta la tesis del «realismo del inconsciente». Presente desde los primeros trabajos de Laplanche (Laplanche y Leclaire, 1960), esta tesis sostiene que el inconsciente no es un mero sentido oculto, un discurso latente a ser descifrado, sino una entidad con una realidad propia. Es un «cuerpo extraño interno» (Laplanche, 1992, p. 22), un «otro interno» (*das Andere*) compuesto por los restos materiales —las representaciones-cosa o significantes des-significados— del fracaso de la traducción originaria (Laplanche, 1994, p. 427). Este inconsciente no «habla» (*ça ne parle pas*), sino que actúa como una fuerza pulsional que perturba el discurso consciente (Laplanche, 1998). La cura analítica, al exigir la de-traducción de las narrativas conscientes para alcanzar estos residuos, demuestra clínicamente su existencia material, más allá de cualquier significado latente.

En segundo lugar, este modelo permite situar de manera precisa el papel del universo mito-simbólico. Laplanche (2003/2009) define lo mito-simbólico como el conjunto de códigos y esquemas narrativos preformados que la cultura ambiente ofrece al infans como una «asistencia de traducción». El complejo de Edipo, el complejo de castración o la «muerte del padre» son ejemplos de estos códigos que ayudan al niño a ordenar y dar sentido a los mensajes enigmáticos del adulto. Sin embargo, Laplanche critica lo que denomina la «doble confusión» en la que ha incurrido el psicoanálisis tradicional: por un lado, confundir estos esquemas narrativos —contingentes y culturalmente situados— con verdades metapsicológicas universales sobre el aparato psíquico; por otro, indexar estos mitos a una supuesta evolución psicosexual individual, como si fueran una producción del inconsciente del individuo y no un elemento del universo cultural que este se apropia. En la cura, estos códigos mito-simbólicos pueden funcionar como ayuda o como obstáculo. Ofrecen soluciones y narrativas coherentes que pueden calmar la angustia, pero también pueden operar como defensa, ocultando el enigma original bajo una capa de sentido ya dado. La anti-hermenéutica del analista implica, precisamente, no imponer estos códigos —ni siquiera los freudianos—

para permitir que el paciente las descomponga y acceda a una traducción más singular y propia de su enigma. La distinción entre los códigos culturales de traducción y los restos intraducidos del mensaje enigmático es, en este sentido, clínicamente operativa: permite al analista discriminar entre las narrativas que el paciente ha construido con la ayuda de los esquemas culturales disponibles y aquello que permanece como núcleo resistente, como fuerza pulsional no asimilada.

Finalmente, esta articulación entre SAF y Situación Analítica redefine radicalmente la posición del analista. Este no es el depositario de un código interpretativo maestro, sino el *guardián del enigma*. Su función ética y técnica no es proveer traducciones, sino provocar y sostener un «hueco», espacio vacío donde el analizante pueda llevar a cabo su propio e interminable trabajo de des-traducción y re-traducción. Al rehusarse activamente a saber, el analista rechaza la posición de intérprete omnisciente y devuelve al paciente la responsabilidad y la autoría de su propia historia. Esta ética del rehusamiento no es pasividad ni indiferencia: es la condición de posibilidad para que el inconsciente se manifieste en su materialidad, para que lo reprimido retorne no como sentido a descifrar sino como fuerza que exige un nuevo trabajo de traducción.

## **Conclusión**

La obra de Jean Laplanche ofrece una visión coherente y profunda del psicoanálisis en la que la teoría de la cura es inseparable de la teoría de la génesis del psiquismo. La tesis central que hemos desarrollado a lo largo de este artículo es que la situación analítica constituye la reinstauración técnica y ética de la Situación Antropológica Fundamental. No se trata de una simple imitación ni de una analogía didáctica, sino de una recreación depurada de las condiciones originarias de la subjetivación: la asimetría, el mensaje del otro y el enigma que este porta.

La transferencia, y en particular la transferencia «en hueco», es el fenómeno que da vida a esta correspondencia, transformando la repetición en una oportunidad para la reelaboración. La des-traducción y la re-traducción no son técnicas que el analista aplica, sino procesos que la situación analítica —en virtud de su correspondencia estructural con la SAF— hace posibles. El analista no traduce; sostiene las condiciones para que la traducción acontezca.

Esta perspectiva redefine también el horizonte de la cura. El psicoanálisis propuesto por Laplanche no aspira a una traducción definitiva del enigma —que equivaldría a la liquidación del inconsciente—, sino a relanzar la capacidad traductiva del sujeto. La cura no cierra el sentido; mantiene abierta la pregunta que nos constituye. En última instancia, se trata de una praxis que confía radicalmente en la capacidad inherente del ser humano para, una vez confrontado nuevamente con el enigma del otro, reescribir su propia historia. No para alcanzar una versión definitiva, sino para producir traducciones más ricas, más singulares, más vivificantes.

La coherencia del edificio laplancheano reside, en definitiva, en esta correspondencia estructural entre el origen del psiquismo y la práctica que permite acceder a él. *La SAF funda la posibilidad del inconsciente; la situación analítica funda la posibilidad de su transformación.* Entre ambas, el enigma del otro permanece como núcleo irreductible: no como obstáculo a superar, sino como la condición misma de la vida psíquica.

## Referencias

- Bleichmar, S. (1987). Jean Laplanche, un recorrido en problemáticas. Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, N° 14
- Laplanche, J. (1970). Vie et mort en psychanalyse.
- Laplanche, J. (1984). Traumatismo, traducción, transferencia y otros trans(es).
- Laplanche, J. (1989). Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria. Amorrortu. (Obra original publicada en 1987).
- Laplanche, J. (1990). Implantación, intromisión. En La prioridad del otro en psicoanálisis. Amorrortu.
- Laplanche, J. (1992). La révolution copernicienne inachevée.
- Laplanche, J. (1993). El extravío biologizante de la sexualidad en Freud. Amorrortu.
- Laplanche, J. (1994). Breve tratado del inconsciente.
- Laplanche, J. (1996). El psicoanálisis como anti-hermenéutica. Zona Erógena, (30), 1-12.
- Laplanche, J. (1997). La pulsion et son objet-source. Son destin dans le transfert. En Le primat de l'autre en psychanalyse. Flammarion.
- Laplanche, J. (1998). La teoría de la seducción generalizada y la metapsicología. Revista uruguaya de psicoanálisis, (87).
- Laplanche, J. (2000). Sexualité et attachement dans la métapsychologie. En Sexual. La sexualité élargie au sens freudien 2000-2006. PUF.
- Laplanche, J. (2006). Les buts du processus analytique. Libres cahiers pour la psychanalyse, (14), 259-274.
- Laplanche, J. (2007). À partir de la situation anthropologique fondamentale. En Sexual. La sexualité élargie au sens freudien 2000-2006 (pp. 95-115). PUF. (Obra original publicada en 2001).
- Laplanche, J. (2009). Tres acepciones de la palabra inconsciente en el marco de la teoría de la seducción generalizada. ALTER Revista de Psicoanálisis, (4). (Obra original publicada en 2003).
- Laplanche, J. y Leclair, S. (1960). L'inconscient: Une étude psychanalytique. Les Temps Modernes, (183), 81-129.
- Scarfone, D. (2009). Breve introducción a la obra de Jean Laplanche. ALTER Revista de Psicoanálisis, (7).